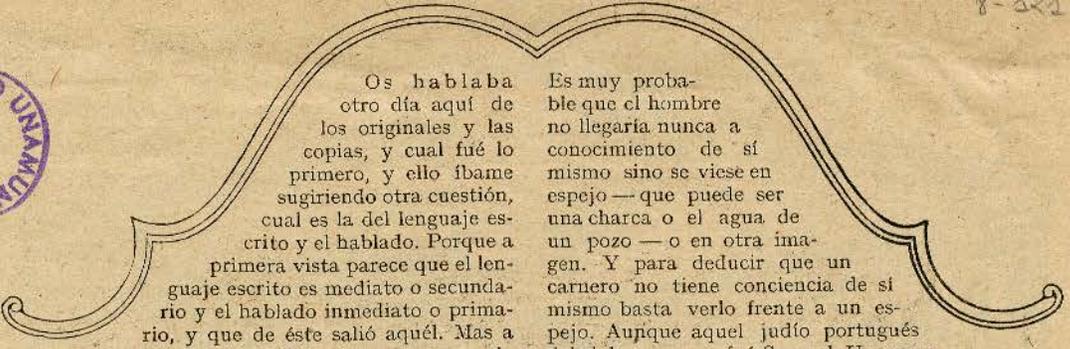


16 XII 22

8-221



Os hablaba otro día aquí de los originales y las copias, y cual fué lo primero, y ello íbame sugiriendo otra cuestión, cual es la del lenguaje escrito y el hablado. Porque a primera vista parece que el lenguaje escrito es mediato o secundario y el hablado inmediato o primario, y que de éste salió aquél. Mas a poco que nos fijemos caeremos en la cuenta de que esta idea proviene de la escritura alfabética y la silábica, pero que tratándose de la jeroglífica o ideográfica se comprende muy bien que surgiese independientemente del lenguaje hablado y aun entre mudos.

En cierta ocasión le oí a nuestro ingeniosísimo don Ramón del Valle Inclán una cosa que me hizo detenerme a pensar en ella, y es que el escribir es anterior al leer, pues no cabe leer sino lo ya escrito de antes.

Pero ¿cabe escribir lo que no se ha leído? Y entonces di en pensar si no habrá algún sabio etnólogo, a caza de hipótesis paradójicas y fecundas — nada más fecundo que lo paradójico — como para sostener que haya habido raza humana que primero escribió, o mejor dicho trazó dibujos representativos y jeroglíficos, y luego adquirió el habla articulada.

¿Quién nos dice que los trogloditas que trazaron esos dibujos admirables — como los que se ven en la cueva de Altamira, en nuestra provincia de Santander — poseían un lenguaje? ¿Quién nos dice que no se comunicaran por dibujos y por señas, gestos y ademanes — fugitivos dibujos al aire — y que sólo a partir de ellos vinieron a encontrar la palabra? Primero dibujaron un caballo y lo designaron con un gesto y después, del dibujo o del gesto, pasaron a darle nombre pronunciado.

Nos cuenta el Génesis en el versillo 19 de su capítulo II que luego que Jehová hizo a Adán, el primer hombre, le trajo las bestias del campo y las aves de los cielos para que viese como les había de llamar, y les dió nombres. Y esto antes de ser hecha Eva y cuando Adán estaba solo, que no se comprende para que iba a hablar ni con quien. Mas ¿no nos cabe suponer que las cosas pasaron de otro modo? Que Adán salió un día al campo con una pizarra y se entretuvo en dibujar en ella, del natural, bestias y aves, y que al verlo luego Eva dió nombre a esos dibujos, y de aquí a los animales en ellos representados y que así surgió el lenguaje.

Una hipótesis como otras muchas.

Y ¿por qué nos ha de sorprender que el conocimiento de las cosas originarias sea por imágenes?

Es muy probable que el hombre no llegaría nunca a conocimiento de sí mismo sino se viese en espejo — que puede ser una charca o el agua de un pozo — o en otra imagen. Y para deducir que un carnero no tiene conciencia de sí mismo basta verlo frente a un espejo. Aunque aquel judío portugués del siglo XVI que fué Samuel Usque en la espléndida descripción que de la vida pastoril bíblica nos dejó en su *Consolaciam as tribulacionis de Israel* nos hable de que algunos carneros, airándose, arremetían de cuando en cuando a su figura (en los claros ríos) y hallándose después escarnecidos quedaban con la cabeza mojada como atónitos.

¿Quién sabe si los animales para llegar a tener lenguaje hablado — aunque el lenguaje, de lengua, no puede ser sino hablado como no hagamos muecas con ella — han de pasar por el dibujo? ¡Y cómo no tienen manos...! ¿Y quién nos dice que esos juegos, a saltos, brinco y cabriolas, a que se entregan las fieras a las veces, no son una especie de lenguaje sin lengua? El baile mismo es una expresión.

Yo sé que a alguien le parecerá todo esto puras ingeniosidades y ganas de invertir los términos naturales de la comprensión de las cosas. De la comprensión del sentido común, se entiende. Pero si se quiere discurrir con alguna fecundidad y originalidad de pensamiento hay que acostumbrarse a darle vuelta al sentido común como se hace con un calcetín, y a suponer, v. gr. como hizo Fechner, que la sombra es lo primitivo y originario y el cuerpo que la proyecta lo secundario y derivado. De esta escuela de las fecundas inversiones del sentido común han salido las teorías de Einstein sobre el tiempo.

Y hace años que un amigo mío se le anticipó diciendo que se pierde tanto espacio en pasar el tiempo como el tiempo que se pierde en recorrer espacio. Cuestión de economía y de máximos y mínimos: un mínimo de tiempo en un máximo de espacio — la infinitud — o un mínimo de espacio en un máximo de tiempo — la eternidad.

Pero no nos despeñemos en estos abismos. Precisamente las paradojas de Einstein han nacido de las matemáticas, del álgebra, de un lenguaje sin lengua, de un idioma universal y mudo. Y por eso no cabe expresarlas adecuadamente en lenguaje de lengua, en habla. ¡Cualquiera explica con palabras 0<sup>oo</sup> ó oo<sup>oo</sup>!

¡Si hubiera podido escribir yo esto jeroglíficamente! Pero entonces habría dicho acaso lo contrario.



Escritura y lenguaje Por Miguel de Unamuno



Las Caras y Carretas, Buenos Aires (R. A.) 16 diciembre 1922